¿CONOCIMIENTO O INFORMACIÓN? EL LIBRO Y LA LECTURA EN LA SOCIEDAD AUDIOVISUAL

JOSÉ RAMOS
UNIVERSIDAD DE TAMKANG (TAIPEI, TAIWAN)

0. EXORDIO

En nuestra sociedad tecnológica, ¿qué lugar ocupan los libros, la lectura, la imaginación y el conocimiento? Tal parece que hoy el dilema es, parafraseando al atribulado Hamlet: ¿leer o no leer? En la época de internet, como bien dice el filósofo español Emilio Lledó, "tan abundante de monótonos mensajes y tan retumbante de comunicaciones", lo natural es confundir conocimiento con información. Valores humanísticos, hábitos y certidumbres intelectuales que antes creíamos tan sólidos y arraigados, están siendo marginados o simplemente arrasados bajo la implacable dictadura de la tecnología y los medios de comunicación de masas. Hoy lo confiamos (o apostamos) todo a aparatos milagrosos que pueden cambiar, mejorar, enriquecer, o tal vez empobrecer y degradar nuestra vida de modo irremediable. Con el prodigio de internet como omnipresente telón de fondo, mi ponencia propone algunas reflexiones sobre esta inquietante –acaso fatídica– situación en la que se encuentra la siempre frágil cultura humanística.

1. TECNOLOGÍA Y HUMANIDADES

Hace un par de años el especialista en informática estadounidense Nicholas Carr publicó un libro de título inquietante: *Superficiales: ¿Qué está haciendo*

Internet con nuestras mentes? (título original en inglés: *The Shallows: What the Internet is doing to our brains*; publicado en español en 2011), traducido ya a más de veinte lenguas y que ha suscitado un amplio debate en la red y en medios universitarios e intelectuales. Carr es graduado en Literatura en lengua inglesa de la Universidad de Harvard, siendo en su juventud un ávido lector de buenos libros. Luego, como le ocurrió a su generación –y a las siguientes–, descubrió los nuevos aparatos mágicos, el ordenador, internet y demás prodigios de la imparable revolución informática de nuestro tiempo, y no sólo dedicó gran parte de su vida a valerse de todos los servicios *en línea* y a navegar día y noche por la red, sino que además se hizo un experto en las nuevas tecnologías de la comunicación. En una palabra, entró a formar parte muy activa de lo que Francisco Rodríguez Adrados denomina "la sociedad audiovisual".

Pero algo ocurrió en la mente de Carr. Un día descubrió que había dejado de ser un buen lector, o un lector del todo. Comenzó a darse cuenta que perdía el hilo de casi todo lo que leía en un *libro impreso*, y su mente se extraviaba fácilmente entre una cosa y otra, por lo que cualquier lectura mínimamente profunda le exigía un enorme y agotador esfuerzo. "Me siento –dice Carr– como si estuviese siempre arrastrando mi cerebro descentrado de vuelta al texto" (Carr 17). Alarmado, tomó una decisión drástica: se fue a vivir junto con su esposa a una cabaña de las montañas de Colorado, donde no disponía de telefonía móvil e internet le llegaba muy de vez en cuando. En ese refugio montañés, a lo largo de dos años, Carr escribió el libro que lo ha convertido en una celebridad[1].

Nicholas Carr no es un renegado de la informática ni un santo cruzado contra ella, ya que él mismo reconoce –como creo que lo reconocemos todos, tirios y troyanos– la invalorable aportación que internet, y sus variados servicios como el correo electrónico, Google, Twitter o Facebook (las llamadas redes sociales) prestan a la información y a la comunicación, por el simple hecho de que ahorran tiempo y ponen en contacto a millones de personas, beneficiando con ello a la investigación científica y el desarrollo económico. También, apuntamos, pueden llegar a jugar un papel decisivo en ciertas revueltas políticas y sociales, como lo ha demostrado la reciente "primavera árabe", que derribó las tiranías de Egipto, Túnez y Libia (para instaurar otras, claro). Pero Carr nos advierte que todo esto tiene un precio que puede llegar a ser muy alto, en razón de que significará, en última instancia, una transformación irreversible –cuyas incalculables consecuencias, dicho sea de paso, ya comenzamos a experimentar, o tal vez padecer– en nuestra vida cultural y en el modo de operar del cerebro humano, modificando

1 Carr es también autor de un artículo de similar asunto y de título revelador, "Is Google making us stupid?" (en español "¿Está Google volviéndonos estúpidos?"), publicado inicialmente en la revista *The Atlantic* en 2008 y que Carr reutiliza como capítulo inicial del libro que comentamos aquí, muy debatido a lo ancho y largo de la red (el texto en español disponible en línea: http:// laventana.casa.cult.cu/modules.php?name= News&file=article&sid=4312).

nuestra manera de pensar y de actuar: "El precio que pagamos por asumir los poderes de la tecnología es la alienación, un peaje que puede salirnos particularmente caro en el caso de nuestras tecnologías intelectuales. Las herramientas de la mente amplifican y a la vez adormecen las más íntimas y humanas de nuestras capacidades naturales: las de la razón, la percepción, la memoria, la emoción" (Carr 253). Señala Carr que los defensores a ultranza (hoy más de uno los tildaría de "talibanes") de internet y demás artilugios, alegan que se trata de una herramienta que está al servicio de los usuarios que la necesiten, y que sin duda representa un extraordinario avance tecnológico, haciendo que con un simple clic un "internauta" recabe una información que hace algunos años le exigiría semanas o incluso meses de consultas en bibliotecas y a especialistas. Sin ir muy lejos, el libro de Carr lo compré y la mayor parte de los artículos citados en este trabajo los leí, claro está, a través de internet. Pero también es cierto que cuando nuestra memoria deja de ejercitarse, siendo ya innecesario porque para ello cuenta con el "archivo infinito" que la red pone a su alcance, se debilita o paraliza, como ocurre con los músculos cuando dejan de usarse. En un artículo de Mario Vargas Llosa sobre el libro de Carr titulado, de modo sintomático, "Más información, menos conocimiento", publicado en el diario *El País* en 2011, nos dice:

> No es verdad que el Internet sea sólo una herramienta[2]. Es un utensilio que pasa a ser una prolongación de nuestro propio cuerpo, de nuestro propio cerebro, el que, también, de una manera discreta, se va adaptando poco a poco a ese nuevo sistema de informarse y de pensar, renunciando poco a poco a las funciones que este sistema hace por él y, a veces, mejor que él. No es una metáfora poética decir que la 'inteligencia artificial' que está a su servicio, soborna y sensualiza a nuestros órganos pensantes, los que se van volviendo, de manera paulatina, dependientes de aquellas herramientas, y, por fin, en sus esclavos. ¿Para qué mantener fresca y activa la memoria si toda ella está almacenada en algo que un programador de sistemas ha llamado 'la mejor y más grande biblioteca del mundo'? ¿Y para qué aguzar la atención si pulsando las teclas adecuadas los recuerdos que necesito vienen a mí, resucitados por esas diligentes máquinas?

Ciertamente, hoy no es una exageración afirmar que internet ya "piensa" por nosotros, "recuerda" por nosotros, "escribe" por nosotros, "estudia" por nosotros, y hasta casi "siente" por nosotros. Incluso podría decirse que, más que una atroz prolongación de internet, formamos ya parte indisociable de la red, como un todo difuso –o bien indistinto, equívoco, turbio–, donde se han borrado los límites entre uno y otro. "Internet y yo somos uno solo", podrían decir hoy al unísono incontables internautas. En palabras de Carr: "Así como nuestras tecnologías se convierten en extensión de nosotros mismos, también nosotros nos convertimos en extensiones de nuestras tecnologías" (Carr 251).

2 Dice Carr: "El ordenador, empecé a entender, era más que una mera herramienta que hacía lo que tú le pedías. Era una máquina que, de modos sutiles pero inconfundibles, ejercía una influencia sobre ti. Cuanto más lo usaba, más alteraba la manera en la que trabajaba" (Carr 26).

2. ¿CONOCIMIENTO O INFORMACIÓN?

Todo lo anterior apunta al consabido tema de la información, esa palabra tan obsesiva y omnipresente en el confuso tiempo que vivimos. Uno de los incontables fanáticos de internet, un tal Joe O'Shea, filósofo por más señas y profesor de la Universidad de Florida, ha excretado estas palabras que a los amantes impenitentes de la lectura nos parecerán monstruosas, aterradoras o repugnantes, o las tres cosas a la vez: "Sentarse y leer un libro de cabo a rabo no tiene sentido. No es un buen uso de mi tiempo, ya que puedo tener toda la información que quiera con mayor rapidez a través de la Web. Cuando aprendes a ser un cazador experimentado en Internet, los libros son superfluos" (Carr 21). ¿Y este sujeto –y unos cuantos más como él– es digno de ser tenido como profesor universitario?, nos preguntamos. Si todos nuestros alumnos pusieran en práctica semejantes "enseñanzas" de tal profesor, quien se ha ganado un lugar muy destacado en la historia de la infamia académica, estaríamos perdidos. O como suele decirse, apaga y vámonos.

Pero resulta que eso comienza a ser una tenebrosa realidad: que lo que predica ese profesor fanatizado por internet es una práctica habitual *urbi et orbi*, porque tal es precisamente uno de los grandes trastornos o equívocos de la sociedad audiovisual: la perversa confusión entre *información* y *conocimiento*. Signo de los tiempos. "Es uno de los estragos que puede causar la adicción frenética a la pantallita", comenta jocosamente Vargas Llosa. Y eso es lo que ahora cree o entiende el común de la gente y la gran mayoría de nuestros alumnos: que uno lee libros sólo para "informarse". No nos extrañen, por tanto, las quejas y los lamentos de tantos profesores cuando no consiguen que sus alumnos lean libros enteros, como tampoco puede extrañarnos, aunque parezca irritante decirlo, que ahora también haya profesores que sean incapaces de leer un libro entero. El poeta Pedro Salinas, en un ensayo memorable escrito en los años cuarenta, se preguntaba: "¿Será posible, en un mundo donde casi todo se hace de cualquier modo, aspirar a que las gentes hagan una cosa bien, leer?" (Salinas 138). Quienes piensan que los libros son sólo objetos para extraer "información", no han leído nunca *realmente* un libro en su vida, o no entienden el significado profundo del verbo *leer*. O, más simplemente, son víctimas propicias de la confusión que trae consigo la sociedad audiovisual. Los libros, naturalmente, pueden proporcionarnos información de todo tipo, pero desde siempre y por siempre lo que buscamos en ellos son ante todo *conocimientos*: de la vida, del ser humano, de Dios, del universo, de la historia, del bien y el mal, del amor, del misterio de las cosas. Como bien dice Don Quijote, "el que lee mucho y anda mucho, vee mucho y sabe mucho" (Cervantes 732).

Conocer, saber, comprender, entender, aprender, de eso se trata. Cuando un alumno mío en Taiwan me pregunta qué "informaciones" (así lo dicen siempre,

en plural) debe buscar, yo siempre le contesto, o más bien corrijo, que no quiero informaciones, sino más bien conocimientos, ideas, preguntas y respuestas, razonamientos críticos. Yo no creo que poseyendo más información seamos necesariamente capaces de desarrollar pensamientos complejos, vale decir, conocimientos. El notable historiador de la cultura hindú A. K. Coomoraswamy ha dicho al respecto: "sabemos hoy más y más cosas, pero cada vez menos importantes" (cit. por Goytisolo). Así, información es consultar –consulta rápida y aséptica, como ocurre con ciertas consultas médicas– la popular Wikipedia, con todo y sus frecuentes errores, pero es siempre preferible la Enciclopedia Británica o cualquier otro buen diccionario enciclopédico, esos tochos que yacen tristemente enterrados en esos grandes cementerios de libros que todavía seguimos llamando bibliotecas. Conocimiento –o acto de conocimiento– es para mí, entre otras muchas opciones, leer la *Ilíada* de un antiguo poeta ciego llamado Homero, una tragedia de Shakespeare, un trabajo filosófico de Ortega y Gasset, un poema de Vallejo, un cuento de Borges, un luminoso ensayo de Octavio Paz o George Steiner, o un estudio sobre psicología de Freud o Jung, o sobre historia de Toynbee, así como también una novela de aventuras de Julio Verne o un cuento infantil de los hermanos Grimm, que hace tiempo constituyeron maravillosas lecturas de iniciación al conocimiento del mundo para niños y jóvenes de todo el mundo. Y los alumnos que son incapaces de leer un libro entero, porque confunden información con conocimiento, no tienen, según Vargas Llosa, la culpa: "Acostumbrados a picotear información en sus computadoras, sin tener necesidad de hacer prolongados esfuerzos de concentración, han sido condicionados para contentarse con ese mariposeo cognitivo a que los acostumbra la Red, con sus infinitas conexiones y saltos hacia añadidos y complementos, de modo que han quedado en cierta forma vacunados contra el tipo de atención, reflexión, paciencia y prolongado abandono a aquello que se lee, y que es la única manera de leer (…)". Como observa con agudeza el citado Salinas, "lo que falta no son noticias, sino criterio" (Salinas 145).

En los infinitos laberintos de internet la literatura se vuelve, inevitablemente, superflua. Sí, la red podrá "almacenar" con facilidad –como si fueran patatas o latas de sardinas– a Homero, Platón, Montaigne, Cervantes, Dickens y Borges, pero resulta harto dudoso que sus obras lleguen a tener muchos lectores, pues se pregunta, desalentado, Vargas Llosa: "¿Para qué tomarse el trabajo de leerlas si en Google puedo encontrar síntesis sencillas, claras y amenas de lo que inventaron en esos farragosos librotes que leían los lectores prehistóricos?"[3]. Esto último, "lectores prehistóricos", entre los cuales tengo el grato honor de incluirme, es todo un hallazgo como concepto, con toda su carga crítica y provocadora.

3 Juan Goytisolo, en un artículo muy reciente, ha dicho algo parecido: "¿Para qué partirse la cabeza leyendo a Joyce o Kafka, si Google te procura en un instante el catálogo de todas las obras y autores habidos y por haber?".

Desde luego es preferible ser un "lector prehistórico" que un ignaro robotizado y esclavizado por la sociedad audiovisual.

Quede claro, como si ya no lo estuviera del todo, que el problema no es la tecnología en sí misma, faltaría más, porque quién diablos puede poner en duda la perentoria utilidad y los beneficios de la televisión, el teléfono y el ordenador. Sería ocioso decir, o más bien reiterar, que todo avance tecnológico se traduce en un avance positivo para la humanidad. El problema, como siempre, está en el uso que hacemos de esos maravillosos juguetes electrónicos. Quisiera recordar aquí un conocido chiste del genial humorista Groucho Marx, quien encontraba la televisión muy educativa, porque cada vez que alguien lo encendía, él se retiraba a otra habitación y leía un libro. Y como consideración personal, puedo añadir que cada vez que viajo en el metro en Taipei, que es casi todos los días, me encuentro rodeado por multitud de personas absortas en sus teléfonos móviles (con su infinidad de funciones), sus ordenadores portátiles y otros artilugios mágicos, y entonces abro un libro –¡un libro de papel, vaya despropósito!– y me pongo a leer, ante las miradas algo incrédulas o, más bien, compasivas, de mis fortuitos compañeros de viaje, porque *leer un libro impreso* se ha convertido prácticamente en un acto subversivo. O tal vez un acto prehistórico.

La triunfante revolución de la información, observa Vargas Llosa, aún tiene mucho camino por delante, y debemos alegrarnos si todo lo que nos trae nos parece un progreso, pero debemos preocuparnos, y así lo subraya también Carr, si ese progreso significa confiar a los ordenadores la solución de todos los problemas cognitivos, lo cual tendría consecuencias nefastas en nuestro cerebro y en nuestras costumbres. Como dice el escritor peruano: "En otras palabras: cuanto más inteligente sea nuestro ordenador, más tontos seremos".

3. LA SOLEDAD DEL LIBRO

¿Qué lugar ocupan, por tanto, la lectura y los libros en la sociedad audiovisual, si es que realmente ocupan alguno? Rodríguez Adrados, maestro ilustre en lenguas y culturas clásicas, apunta que el libro "se está haciendo problemático", porque le han salido demasiados y poderosos competidores provenientes de las nuevas tecnologías[4]. "En la sociedad audiovisual el libro está en una soledad peligrosa", sentencia con cierta melancolía. Y no es para menos, acotamos. Moldeada y sometida desde hace décadas por la tiranía de la imagen, primero por la televisión y luego por los ordenadores y los teléfonos móviles (es decir, pantallas y más pantallas, de todas las formas y tamaños), la gran mayoría de la gente ha

4 Goytisolo se refiere por su parte a "la actual y vertiginosa revolución tecnológica que compite victoriosamente con el libro con el que hemos convivido desde la infancia".

perdido casi todo interés en la lectura. Rodríguez Adrados lo dice así: "hoy se mira más que se lee". Vivimos inmersos en el reino totalitario de la imagen, por la imagen y para la imagen, cabría subrayar.

No nos engañemos: visto lo visto, la lectura y el libro impreso están casi en vías de extinción, como ocurrió con los grandes dinosaurios[5]. Ya lo dijo Salinas en los años cuarenta: "Leer se ha vuelto grave dificultad" (Salinas 186). La lectura, se ha repetido tantas veces, exige paciencia, lentitud, serenidad, mucha concentración, cierto aislamiento y un considerable esfuerzo intelectual, rarezas arcaicas que ahora casi nadie está dispuesto a hacer[6], ya que internet y las redes sociales resultan mucho más "divertidas" y "entretenidas". Y, además, sin ningún fatigoso esfuerzo intelectual. La red omnipotente se lleva, absorbe, consume –o vampiriza, como ahora están otra vez de moda los vampiros– casi por completo el tiempo, la atención y las energías de sus usuarios, que se convierten así en adictos a una droga muy potente, al modo de los desafortunados "enganchados" (o "yonquis") a la cocaína que, ya lo sabemos, son prácticamente incurables. Así lo ha señalado, con no poco cabreo, el conocido semiólogo Umberto Eco: "Aquél que está todo el día delante de Internet es un imbécil y está enfermo" (Oviedo). Por su parte, Carr lo llama el "idiota tecnológico" (Carr 16). En la vida del adicto audiovisual no queda tiempo para el silencio, la atención y la reflexión que pide el abstraerse en la lectura continuada de un buen libro, para lo cual es preciso "desenchufarse" o desconectarse del ordenador-vampiro.

Internet nos incita a buscar lo breve y lo rápido, y nos aleja de la posibilidad de concentrarnos en una sola cosa, como un libro. En una palabra, internet alienta las multitareas y fomenta muy poco la necesaria concentración. Cuando abrimos un libro en cierto modo nos aislamos de todo porque ahí no hay nada más que sus exigentes páginas, en las cuales centramos toda nuestra atención, pero cuando encendemos un ordenador nos llegan multitud de mensajes o informaciones por todas partes, ya que la Web supone, en palabras de Carr, un "estado de distracción permanente" (Carr 140). Como nos enseña la ciencia, la habilidad de concentrarse en una sola cosa es clave en la memoria a largo plazo, en el pensamiento crítico y conceptual y en muchas formas de creatividad, y precisamente todo esto, que es la base del verdadero conocimiento mediante la lectura, está siendo erosionado sin remedio por la cegadora tecnología digital. El libro nos enseña a prestar atención y a reflexionar, pero internet nos insta a buscar y buscar sin cesar, o, como dice Carr, solo a "picotear" informaciones aquí y allá (Carr 143-76). A eso lo llama Juan Goytisolo "conocimiento instantáneo y efímero".

5 Sobre este tema véase el interesante libro de Nunberg (2004).

6 George Steiner dice que "leer es un acto muy especializado", y más adelante: "El silencio, las artes de la concentración y de la memorización, el lujo del tiempo del que depende la 'elevada lectura', han desaparecido casi por completo" (Steiner 12 y 15). Para una apasionante y muy instructiva historia de la lectura, véase Manguel (1998).

4. A MODO DE CONCLUSIÓN: LEER ES VIVIR

Vargas Llosa ha dicho en una entrevista: "Las mejores cosas en la vida me han sucedido leyendo" (Jarque). Tal vez esto parezca una exageración, pero la experiencia lectora nos dice que un libro, cualquier buen libro, constituye el eslabón de una interminable cadena de interdependencias culturales entre el autor y el lector, de un vínculo insustituible que de algún modo ha enriquecido nuestra sensibilidad y nuestro conocimiento del mundo. Con un libro en las manos, uno tiene en su poder un invalorable fragmento de vida, dispone a su antojo de esa vida, pertenece más profundamente al mundo y aprende a ser un individuo libre y pensante. Al respecto, J. M. Caballero Bonald ha escrito estas bellas palabras: "El libro es un acompañante fiel y disponible, un confidente que estará siempre dispuesto no ya a confiarnos una y otra vez su intimidad, sino a oírnos. (…) Su capacidad dialogante jamás se agota realmente. Quien lee nunca está solo" (Caballero Bonald 17). Internet, con toda su inmensa e indudable utilidad, pero también debido a sus "efectos adormecedores" (Carr 255), no nos ayuda realmente a pensar en profundidad, y tampoco es lo que se llama un acompañante fiel, sino que se apodera vorazmente de nosotros para convertirnos en pasivos e insaciables consumidores de información, además de vampirizar nuestros procesos mentales. Internet nos vuelve narcisistas. Y no es en absoluto dialogante, sino que nos bombardea permanentemente, sin réplica posible. Reiteremos este simple principio: la tecnología, sea siempre bienvenida, no es, o no puede ser, un fin en sí misma, y creo que sería poco menos que una imprudencia suicida confiar ciegamente en ella, o apostarlo todo a ella. ¿Qué ocurriría si un destructivo virus tecnológico borrara un mal día TODA la información almacenada en TODOS los ordenadores y archivos del mundo? Una catástrofe impensable, ¿verdad?

Creo que nuestro deber, como docentes que somos, es insistir una y otra vez sobre la importancia fundamental de la lectura y los libros en la formación humanística de las personas, motivar a los alumnos, estimularlos, entusiasmarlos, aunque el intento nos resulte desalentador. Pedro Salinas acuñó la frase siguiente, que bien valdría como lema de nuestra sufrida misión: "Educar para leer y leer para educar" (Salinas 169). O podemos decirles, al modo de José Antonio Millán: "Los libros son estupendos: es lo mejor que hay para leer, están bien de precio, no necesitan recarga (…). Los metemos en nuestros bolsillos y mochilas, los zarandeamos en mudanzas, los dejamos caer al suelo inadvertidamente, y ahí están: siempre a nuestro servicio". Citemos, por último, a Nicholas Carr:

> […] como dispositivo de lectura, el libro conserva varias ventajas convincentes respecto del ordenador. Uno se puede llevar un libro a la playa sin preocuparse de que le entre arena. O a la cama sin preocuparse de que se rompa si se queda dormido. Puede derramar café sobre él. Incluso sentarse encima. Si lo posa sobre una mesa abierto por la página que esta-

> ba leyendo, la semana que viene seguirá exactamente donde lo dejó. Nunca hay que preocuparse de buscar un enchufe ni de si se le agota la batería (Carr 125).

Es necesario, en suma, hacerles comprender a nuestros estudiantes que internet y la tecnología audiovisual son ciertamente medios necesarios, que es preciso *saber usar*, pero que no son en modo alguno un fin en sí mismo, pues el verdadero fin está en el conocimiento, y el conocimiento reside en la lectura y en los libros, aunque estos también estén en soporte electrónico, da igual. Finalmente, sólo me resta concluir que los milagrosos juguetes audiovisuales, como ha dicho Rodríguez Adrados: "Informan, entretienen y al final aburren". Pero los libros y la lectura podrían salvar, como nos advierte Nicholas Carr en su texto clarividente, a los que aún disponen de la cada vez más escasa capacidad para pensar, de acabar convertidos en estúpidos o imbéciles.

BIBLIOGRAFÍA

Caballero Bonald, Juan Manuel. "Elogio de la lectura". *Claves de Razón Práctica* 123. (2002): 14-7.

Carr, Nicholas. *Superficiales. ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* Trad. P. Cifuentes. Madrid: Taurus, 2011.

Goytisolo, Juan. "Más y más cosas, pero menos importantes". *El País* (21, enero, 2012).

Jarque, Fietta. "Las mejores cosas en la vida me han sucedido leyendo" (entrevista a M. Vargas Llosa). *El País* (6, septiembre, 2007).

Lledó, Emilio. "Necesidad de la literatura". *El País* (21, diciembre, 2002).

Manguel, Alberto. *Una historia de la lectura*. Madrid: Alianza, 1998.

Millán, José Antonio. "El buen libro de papel". *El País* (7, junio, 2008).

Nunberg, Geoffrey. *El futuro del libro: ¿esto matará eso?* Barcelona: Paidós, 2004.

Oviedo, A. A. "El que está todo el día delante de Internet es un imbécil y está enfermo" (entrevista a Umberto Eco). *ABC* (28, octubre, 2000).

Rodríguez Adrados, Francisco. "El libro es ya problemático". *El País* (4, junio, 2002).

Salinas, Pedro. "Defensa de la lectura". *El defensor*. Madrid: Alianza, 1983. 115-200.

Steiner, George. "Carta de amor a la lectura". *Letra Internacional* 72. (2001): 12-5.

Vargas Llosa, Mario. "Más información, menos conocimiento". *El País* (31, julio, 2011).